

DISCURSOS

LEIDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA DE NOBLES ARTES

DE SAN FERNANDO,

EN LA RECEPCION PÚBLICA

DEL

SR. D. ANTONIO RUIZ DE SÁLCES,

el día 7 de Mayo de 1871.



MADRID.

Imprenta de Manuel Tello, Isabel la Católica, 25.

1871.

DISCURSOS

LEIDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA DE NOBLES ARTES

DE SAN FERNANDO,

EN LA RECEPCION PÚBLICA

DEL

SR. D. ANTONIO RUIZ DE SÁLCES.



MADRID.

Imprenta de Manuel Tello, Isabel la Católica, 25.

1871.

DISCURSO

DE

Sr. D. ANTONIO RUIZ DE SÁLCES.

SEÑORES:

Nada debe abatir tanto el orgullo del hombre que sepa pensar, como el verse colocado en un puesto que no merece: ni hay cosa más grata para el que se precia de bien nacido, que el encontrar ocasion de manifestar su gratitud, sin humillacion ni bajeza, á los que le honraron con sus favores. He aquí dos consideraciones, inconexas al parecer, y que sin embargo se presentan unidas á mi imaginacion en estos momentos. La primera me acobarda; la segunda me presta valor para presentarme ante vosotros con el mérito al ménos del hombre que, reconociendo su poquedad, se atreve á aceptar sin embargo un puesto que debe solo á vuestra benevolencia, con la esperanza de hacerse digno de conservarle. Habitado por el ejercicio de mi noble profesion á sentir y pensar, á buscar la razon de las cosas y á indagar el enlace y relacion de las causas con los efectos, encontrábame perplejo y confuso al ver que, sin merecimientos suficientes, me habeis dispensado la alta honra de concederme un asiento entre vosotros y de asociarme á vuestras importantísimas tareas. Y tal era la interior lucha y la perturbacion

de mi ánimo entre los contrapuestos afectos de gratitud hácia vosotros, y de desconfianza de mí mismo, que me ví en grande apuro para resolverme á llenar con este acto la ineludible obligacion que el Reglamento me impone; però la conviccion de que todo en este mundo obedece consciente ó inconscientemente á un sábio designio de la Providencia, y siguiendo mi costumbre de encontrar una plausible si no acertada explicacion, á todo fenómeno físico ó moral, he llegado á persuadirme que al tenderme benévola y generosamente vuestra mano para que contemple de cerca el trono de las Nobles Artes y su saludable influencia en la Sociedad, os habeis propuesto sin duda llenar con mi eleccion un elevado pensamiento, digno de vuestra grandeza y del preclaro origen de esta Ilustre Academia: *el de hacer conmigo una excepcion que sirva de estímulo á aquellos que, poco favorecidos por la fortuna, pero sintiendo algo de génio en su mente y mucho entusiasmo en su corazon, emprenden con fê y prosiguen con constancia la trabajosa senda del estudio.* Reanimame un poco esta consideracion, y préstame tambien aliento la memoria de las atenciones que, cual madre cariñosa, me ha prodigado siempre en sus escuelas esta benemérita Corporacion, y que no me negará al presente.

Pobre de conocimientos y falto de dotes oratorias, deploro no poseer el arte de bien decir para expresaros como la siento, y con toda la vehemencia de las nobles pasiones, la gratitud que os debo; pero la sencillez misma de la frase y la ruda franqueza de mi expresion, os pondrán más de relieve que las galas de la poesía y de la retórica, mi respetuoso cariño y mi profundo reconocimien-

to: y os probarán tambien que, si no puedo consagraros un talento que no tengo, gratuito don de Dios, os dedico al ménos una voluntad sincera y constante, siempre dispuesta á emplearse en obsequio y servicio de la Ilustre Corporacion artística que hoy me recibe en su seno. Y antes de entrar en materia, permitidme, Sres. Académicos, dedicar algunas frases de cariño y afecto á la memoria de algunos ínclitos varones, miembros distinguidos de esta Academia, Maestros míos muy queridos, que han pasado á la eternidad dejando en pos de sí la brillante estela de su saber y de su virtud. Sea el primero el sábio, el modesto, el inimitable catedrático de Ciencias Matemáticas D. Antonio de Varas y Portilla, que con un solo consejo, hijo de su sinceridad y experiencia, supo echar el cimiento de mi instruccion científica, indicándome el camino seguro para marchar con firmeza en el aprendizaje de una profesion compleja que tanto necesita del auxilio de las ciencias físico-matemáticas: reciban despues de él, el póstumo obsequio de mi gratitud los Lopez, Montalvos y Riberas, los Inclan, Zabaletas y Alvarez, á quienes debo mis conocimientos artísticos, y muy singular y especialmente el ilustre Académico, cuya silla vengo á ocupar indignamente, el varon de claro talento, de firme y enérgica voluntad, el iniciador de la Escuela de Arquitectura y promovedor de las reformas de esta Academia, el que tanto se afanó, sin ostentacion ni vanagloria, por el lustre y engrandecimiento de nuestra Noble Profesion, el Sr. D. Narciso Pascual y Colomer, triste y recientemente fallecido en tierra extraña.

Grande y profundo es el sentimiento que me causa la

irreparable pérdida de tan queridos Profesores, cuyas vidas segó antes de tiempo la inexorable muerte; pero quedame aún el consuelo de ver entre vosotros á tres de mis respetables maestros, y la incomparable satisfaccion de que en este acto solemne conteste uno de ellos en nombre de la Academia á mi desautorizada voz; el primero precisamente, que me concedió su afecto y simpatías desde el momento en que, ya hace cerca de treinta años, pisaba por primera vez las Cátedras de Ciencias de esta casa que él dirigia, digno sucesor de su Maestro y pariente el señor Varas; el mismo, que viéndome necesitado de apoyo y consejo, y juzgando benévola mis esfuerzos y buena voluntad, se constituyó desde entonces mi amigo cariñoso, y ha sido siempre mi constante protector hasta colocarme en el puesto que hoy ocupo. Reciba hoy tan cariñoso Maestro, así como todos los demás que aún viven de la Escuela especial de Arquitectura que generosamente me ampararon, y á quienes debí algo más que el alimento del espíritu, los más vivos, los más sinceros, los más expresivos afectos de mi alma, y este público testimonio de gratitud y adhesion que hace mucho tiempo deseaba darles, y que me proporciona la más dulce y cumplida satisfaccion que experimento en este dia.

Si hasta ahora, dejando hablar al corazon, me ha sido fácil y halagüeño pagar una deuda y empezar á cumplir un deber, no veo ya tan fácil llenar el que las prácticas académicas me imponen en este dia. Íntimamente persuadido de que nada podré decir que sea digno de cautivar vuestra atencion, aquí donde tantas veces ha resonado la voz de la elocuencia y del profundo saber, y donde han

brillado la originalidad, la imaginacion y el génio de lo sublime y de lo bello, me veo en la precision de reclamar de nuevo vuestra indulgencia: contando con ella entro un poco más tranquilo, aunque siempre desconfiando de mis fuerzas, á exponer algunas breves reflexiones *sobre los conocimientos que debe reunir el Arquitecto, y la importancia relativa que á mi juicio tienen para la Arquitectura los estudios científicos, los artisticos y los arqueológicos: cómo se auxilian y completan reciprocamente, y la necesidad de todos ellos para formar un artista digno de llevar aquel honroso nombre en el siglo XIX.*

Desde que los hombres se vieron precisados á reunirse formando sociedad, fué tal la necesidad que sintieron de ponerse al abrigo de las incomodidades de los climas y estaciones, y de defenderse de los enemigos exteriores, que puede decirse que con la sociedad nació, rudimentaria como ella, la Arquitectura, no habiéndose conocido país ni pueblo alguno, más ó ménos civilizado, donde tan Noble Arte no haya dejado algun vestigio é irrecusables testimonios de su existencia. Y si bien por la injuria de los tiempos y por el génio destructor de la guerra, han desaparecido preciosos documentos que nos dieran á conocer su sucesivo desarrollo, bastan el razonamiento y el reflexivo estudio de los monumentos que se han salvado, ó de los esparcidos y mutilados fragmentos de los que perecieron, para deducir que los estudios de la Arquitectura han debido multiplicarse, y se multiplicaron en efecto, con el desarrollo de la civilizacion y de la inteligencia; con la variacion de climas y de costumbres; con las exigencias, siempre crecientes, de la vida de los pueblos

cultos, y con la perfeccion y refinamiento del gusto. Tanto es así, que, si en un principio fueron suficientes las piedras naturales colocadas ó agrupadas toscamente, y los troncos de árboles mejor ó peor entrelazados para satisfacer las más groseras necesidades del hombre, el dualismo de los principios que le constituyen, *espíritu y materia*, hizo bien pronto que al lado de las exigencias de esta se dejaran sentir las necesidades y goces de aquel, viniendo además los deberes morales, religiosos y sociales á reclamar su parte en los trabajos de la Arquitectura. Desde aquel momento, preséntase esta como auxiliar de la civilizacion, como fiel é inseparable compañera de la Historia, y como claro espejo en que se reflejan con viveza el espíritu de cada época, el flujo y reflujo de las ideas y de las luchas de todas clases, religiosas, materiales y filosóficas. Multiplica todo esto por necesidad los estudios del Arquitecto, como podriamos probarlo sin remontarnos á examinar los prodigiosos monumentos de la India, cuna del saber humano (porque tal excursion nos alejaría demasiado de nuestro objeto), ni tampoco las sucesivas civilizaciones de la Siria, la Persia, el Egipto y la más refinada de la Grecia, siendo suficiente á nuestro fin tomar más de cerca el hilo de nuestras reflexiones.

En el siglo de Octavio (primero antes de nuestra era), definía ya el célebre Vitruvio la Arquitectura, diciendo: «es una ciencia adornada con muchos estudios y diversos conocimientos, á cuyo juicio se halla sometida la aprobación de todas las obras que acaban y perfeccionan las demás artes.» *Architectura est scientia pluribus disciplinis et variis eruditionibus ornata, cujus iudicio probantur om-*

nia que a cæteris artibus perficiuntur opera. Y raciocinando sobre la variedad de conocimientos que necesitaba, en su concepto, reunir el Arquitecto, añadía: «Y así conviene »tambien que haya cultivado las Buenas Letras, y sea »diestro en el Dibujo, docto en Geometría, no extraño á »la Óptica, instruido en Aritmética y versado en la His- »toria; que haya oido con atencion á los Filósofos, que se- »pa Música y no ignore la Higiene, que haya estudiado »la doctrina de los Jurisconsultos sobre ciertas cuestio- »nes, y por último que conozca la Astronomía con sus ra- »zones ó fundamentos científicos sobre los cuerpos cele- »stes.» *Itaque oportet et ut literatus sit, peritus Graphidos, eruditus Geometria, et Optices non ignarus, instructus Aritmetica, Historias complures noverit, Philosophos diligenter audiverit, Musicam sciverit, Medicinæ non sit ignarus; responsa jurisconsultorum noverit, Astrologiam, cælique rationes cognititas habeat.* Si todo este caudal de conocimientos necesitaba el Arquitecto hace cerca de 2,000 años, ¿cuánto más esmerada no deberá ser su instruccion en la época actual, cuando tan inmenso desarrollo y tanta perfeccion han alcanzado todos los ramos del saber humano? El rápido vuelo que han tomado los estudios físico-matemáticos aplicables á la ciencia de las construcciones y la multitud de nuevas industrias desconocidas de los antiguos, á que han dado origen las necesidades y las costumbres, nuevas tambien, de la sociedad actual, han hecho que hoy sea ya materialmente imposible reunir tal suma de conocimientos en un solo individuo; y que la buena administracion y la bien entendida y ordenada distribucion del trabajo humano necesiten clasificarlo convenientemente. De aquí

han nacido los diferentes cuerpos facultativos que, reconociendo todos por base comun la vastísima ciencia de las construcciones, cultivan y ejercitan cada uno ramos especiales, constituyendo otras tantas profesiones distintas, aunque afines, que pueden girar y moverse con libertad é independencia dentro de sus respectivas órbitas, sin dejar de auxiliarse y completarse reciprocamente, constituyendo un todo armónico, y conspirando juntas al mismo fin bajo una sábia legislacion; á la manera que se mueven y brillan en sus respectivas esferas los cuerpos celestes, obedeciendo á las leyes inmutables que plugo señalarles al supremo Creador, y no á impulsos del capricho ni de una libertad ilimitada.

Esta misma division del trabajo nos pone en el caso de examinar más á fondo lo que hoy debe ser la Arquitectura, cuál su objeto especial, y cuáles los estudios y medios más adecuados para llenar la importantísima mision que le está confiada: trabajo tanto más necesario y de actualidad cuanto que si en otros paises, que (dicho sea con sentimiento) van delante de nosotros en civilizacion, se estima en mucho aquella noble profesion, y se aprecia y honra á los que bien la ejercen; no sucede lo mismo en el nuestro, donde es frecuente hallar sugetos, hasta de alta posicion social, que confunden la noble é importante profesion del Arquitecto con las artes subalternas que la ayudan y sirven en la construccion, y apenas distinguen al Arquitecto del albañil. Esta lamentable confusion proviene de que *no son conocidas de la generalidad la extension é importancia de los estudios que constituyen esta carrera*; y como además escasea tanto el sen-

timiento artístico, y se cultivan tan poco los estudios arquitectónicos, no hay que admirarse de la prisa que nos hemos dado en lo que va de siglo á destruir tantos preciosos monumentos y objetos de arte, y mucho ménos si se toma en cuenta la perniciosa influencia que en el vulgo ignorante han ejercido y ejercen las ideas exageradas y disolventes, que parece hay empeño en inocular en sus espíritus siempre dispuestos á la novedad.

Si pues en el día, más estudiosos, más serenos, ménos irreflexivos y más aleccionados por la experiencia, hemos de poner coto á esta salvaje devastacion y reivindicar el puesto de honor que entre las naciones cultas nos corresponde, preciso es conocer á fondo las nobles artes y su benéfica mision, y particularmente la de la Arquitectura, como primogénita de sus hermanas la Pintura y la Escultura, y como madre de las demás artes útiles y suntuarias que no pueden vivir ni desarrollarse sin aquella.

La Arquitectura hoy, como siempre, tiene por objeto especial *satisfacer las necesidades físicas y morales, religiosas y sociales de los pueblos, partiendo de lo útil y lo bello*, como medios muy adecuados, si no los primeros, para suavizar las costumbres, inspirando ideas grandes que, transmitidas por los sentidos, elevan el espíritu hasta la Divinidad. Ella proporciona albergues sanos, seguros, cómodos, y relativamente económicos, desde el humilde proletario al acomodado labrador, desde el indigente y desvalido al más opulento magnate: ordena y dirige sabiamente la construccion de establecimientos civiles de todas clases, ya destinados al servicio del Estado, ya al

de los municipios, á las prácticas religiosas, á la administracion de justicia, á la instruccion física y moral de la juventud, al socorro del enfermo y del desvalido, á las comodidades, solaz y honesto recreo de los ciudadanos: ella atiende al embellecimiento de las poblaciones, no ménos que á su salubridad, cuidando de su ventilacion, aseo y limpieza, y del científico abastecimiento y distribucion de las aguas en fuentes de servicio ordinario y monumentales, en lavaderos y en jardines: dirige con acertada mano y elevado criterio la conservacion ó restauracion de los edificios notables que, por su importancia histórica ó artística, deban trasmitirse sin alteracion á la posteridad como preciosos legados de nuestros mayores: sostiene y aumenta la moralidad é instruccion del obrero, y prepara cómodo y oportuno lugar á las otras Artes sus hermanas, que á su vez embellecen y completan con sus encantos el pensamiento del Arquitecto.

Se ve, pues, que el campo de la Arquitectura, aun segregado todo lo relativo á la defensa de las poblaciones, á los puentes, caminos y puertos, cuya direccion tuvo á su cargo bajo la dominacion romana y aun algunos siglos despues (segun claramente consigna Vitruvio), es campo vasto y fértil, y que la mies puede ser abundante si hay buenos cultivadores; mas esto no podrá lograrse sin dotes naturales, sin largos, profundos y bien dirigidos estudios, sin asiduo trabajo y firme voluntad, sin entusiasmo ardiente y noble ambicion de gloria.

Necesitaba, Señores, sentar todos estos datos, que acaso os habrán parecido demasiado difusos, para poder entrar en el análisis de los estudios propios de la Arquitectura,

objeto de mi pequeño trabajo. Sobre ellos dice el Autor mencionado: «La Arquitectura nace del arte y del raciocinio. El arte es la continua y reiterada meditacion de la práctica, que recibe de las manos su perfeccion y complemento, valiéndose de una materia adccuada al fin del diseño. Mas al raciocinio toca explicar y demostrar con agudeza y fundamento por la ley de las buenas proporciones la conveniencia de lo que se ha hecho. Así los Arquitectos que trabajaron sin el auxilio de las letras, aunque dotados de habilidad de ojecucion, no pudieron alcanzar crédito por sus obras. Los que se fiaron solamente en el raciocinio y letras, parece que fueron más bien en pos de una sombra que de una realidad. Mas los que aprendieron uno y otro, es decir (teoría y práctica), como provistos de todas armas, consiguieron más pronto y con estimacion el objeto que se habian propuesto. Por lo que parece indudable que debe estar muy versado en ambas cosas quien pretenda honrarse con el nombre de Arquitecto.»¹ Si bien se medita, difícilmente podrá delinearse en reducido espacio un cuadro más acabado y

¹ *Ea (Architectura) nascitur ex fabrica et ratiocinatione. Fabrica est continuata ac trita usus meditatio que manibus perficitur e materia cujusque generis opus est, ad propositum deformationis. Ratiocinatio autem est que res fabricatas solertiâ ac ratione proportionis demonstrare ac explicare potest. Itaque Architecti qui sine literis contenderunt, ut manibus essent exercitati non potuerunt efficere ut haberent pro laboribus auctoritatem. Qui autem ratiocinationibus ac literis solis confisi fuerunt umbram non rem persecuti videntur. At qui utrumque perdidicerunt (ut omnibus armis ornati) citius cum auctoritate quod fuit propositum sunt assequuti. Quare videtur utrâque parte exercitatum esse debere qui se Architectum profiteatur.—M. Vitruvii. Pollionis de Architectura, liber primus,*

perfecto de lo que debe saber el Arquitecto, que el trazado con tan hábil criterio como maestra mano por el célebre pensionado de Augusto.

Obsérvase desde luego la mucha importancia que los doctos y grandes Maestros han dado en la profesion del Arquitecto á los estudios literarios y científicos; pero hay entre los artistas divergencia de pareceres sobre la extension, giro y desarrollo que conviene dar á aquellos, y sobre el modo de armonizarlos en la práctica de la profesion con el ejercicio y estudio del arte. Proviene esto generalmente de que cada cual se ha dejado arrastrar de su aficion al ramo que más ha cultivado y mejor posee, ó para el cual tiene más especiales dotes naturales. Así el que está dotado de brillante imaginacion, si tiene además gusto y soltura en el dibujo, cree frecuentemente que con esto tiene lo suficiente para triunfar en todas sus empresas; fia á su ojo y á su intuicion y sentimiento artístico la resolucion de difíciles problemas de Estática, que requieren profundo estudio; atiende exclusivamente á la belleza artística, ó cuando más á la utilidad y buen uso ó servicio de un proyecto, y con frecuencia se equivoca lastimosamente en las dimensiones de las fábricas y condiciones de estabilidad de las mismas; ó si esto no sucede, lo que es una gran fortuna, al tener que razonar su obra, tiene tambien que sufrir la humillacion de implorar el auxilio ajeno, ó hacerlo de una manera incompleta é infeliz que declara á voces su ignorancia. Por el contrario, el Arquitecto que concede su predileccion á los estudios científicos, suele mirar el dibujo como medio secundario para expresar y realizar sus concepciones; quizá

no atribuye á la belleza y á la gallardía de la forma toda la importancia que en sí tienen, y sus obras, aunque perfectamente ajustadas á las leyes de la Mecánica, aunque intachables bajo el punto de vista de la distribución y de la economía, adolecen de frialdad, aridez, falta de carácter y hasta de desaliño en la ejecución, siendo incapaces de arrebatarse el espíritu ni aun recrear los sentidos; ó bien si pretenden huir de estos escollos, se ven en la precisión de llamar en su ayuda, con mengua de su decoro, á un hábil dibujante á quien tal vez miran como una máquina, pero de quien necesitan sin embargo servirse para engalanar sus proyectos. Sucede en esto lo que se verifica en el desarrollo físico de un individuo que adolece de algun vicio ingénito en su organismo: en estos casos el crecimiento y desarrollo extraordinario de un miembro, se verifica siempre á expensas del empobrecimiento ó raquitismo de otro.

Como es sumamente difícil encontrar reunidas en un mismo sugeto, y con el grado de fuerza necesario, las disposiciones mentales diferentes y especiales que se requieren para sobresalir en estudios tan variados y de índole tan diversa como los que en conjunto constituyen la vastísima y complicada educación del Arquitecto, tiene que suceder por necesidad, y sucede en efecto, que unos cultivan con preferencia los estudios científicos en que estriba la resolución del gran problema físico-matemático del establecimiento de las construcciones, al paso que otros se sienten inclinados más principalmente á los estudios artísticos ó arqueológicos; pero ni unos ni otros pueden prescindir de tomar en los ramos á que no les llama su

particular inclinacion y su disposicion intelectual, los conocimientos que necesitan para ejercer dignamente su profesion en sus múltiples y variadas aplicaciones. Es, pues, necesario, indispensable, organizar los estudios de la Arquitectura de tal modo, que basten á todos los que á ella se dediquen, para practicarla con inteligencia y acierto, dejando para despues de terminados los estudios generales, que cada cual conceda su preferencia al ramo particular que más congenie con las dotes especiales de su espíritu. Cuál ha de ser esta organizacion para que produzca los frutos apetecidos, solo puede deducirse del análisis razonado del objeto y fines útiles de la profesion del Arquitecto. No es nuestro ánimo entrar aquí en ese análisis, que no se acomoda al plan de este pequeño discurso, y sería además enfadoso y ajeno del carácter de este acto; pero tampoco cumpliríamos nuestro propósito si no dijésemos algo sobre el modo de ver que tenemos en esta cuestion, más importante acaso que lo que parece.

En el estado actual de nuestra sociedad, en que sin más que una superficial instruccion tomada al oido ó aprendida en los periódicos, la mayor parte de los que saben leer y emborronar un papel, se atribuyen cierta tintura de ilustracion y hablan de todo con más ó ménos acierto, pero con resolucion y desenfado, tomando frecuentemente un tono magistral, especialmente si ocupan un puesto oficial ó disfrutan buena renta, *el Arquitecto no debe, no puede permanecer extraño á los estudios literarios*, si ha de alternar discretamente con las diferentes clases á cuyo roce le obliga su misma profesion. Además, la frecuencia con que el Arquitecto tiene que redactar memo-

rias, dictámenes, informes, y otros varios documentos y declaraciones importantes, le obliga á saber ejecutarlo con claridad y precision, y de tal modo, que, ya que no brille por las bellezas del lenguaje, satisfaga al ménos las justas exigencias de la Gramática y de la Lógica.

No puede, mejor diré, *no debe el Arquitecto abandonar el cultivo de algun idioma vivo*, además del pátrio. Inútil parece esforzarse en demostrar la conveniencia de esto, hoy, que por medio de la prensa, del buril y de la fotografía se comunican con rapidez los conocimientos de unas naciones á otras con la publicacion de obras ilustradas de todas clases. Tambien será muy útil al Arquitecto conocer alguna de las lenguas llamadas sábias, y entre ellas muy particularmente el conciso y elegante idioma latino, no solo por la importancia de las obras en él escritas y por haber sido el general de las naciones de Europa durante algunos siglos, sino tambien porque, siendo uno de los principales orígenes de nuestra lengua y de las que hablan las naciones de la llamada raza latina, su posesion da la clave para la inteligencia de estas, y es indispensable para el perfecto conocimiento de aquella. Pero una fatal preocupacion (que tambien las hay, y no pocas, en este nuestro siglo de las luces) ha hecho que de algunos años acá se mire con desden la preciosa lengua del *Latium*, llegando muchos á creer que con hablar ó chapurrar un poco el francés no se necesita más para conocer todo lo bueno que se ha escrito en el mundo.

No me detendré á probar la utilidad que tienen para el Arquitecto los estudios de Geografía é Historia, no solo

porque hoy están ya considerados como indispensables á toda persona bien educada, sinó porqué sin ellos difícilmente podrá seguir el sucesivo desarrollo de la cultura de los pueblos y de su propia profesion, ni razonar muchas cosas relativas al ornato simbólico de las construcciones; pero si llamaré mucho la atencion sobre la necesidad que tiene el Arquitecto de *sólidos principios de filosofía* en su parte trascendental, que tan íntimo enlace tiene con el estudio de las demás ciencias y con la práctica de una sana moral religiosa, sin cuya virtud difícilmente podrá el artista prosperar en su carrera; porque es sabido que aun los hombres de perverso corazon procuran servirse de los que juzgan buenos cuando tienen necesidad de confiarles sus intereses ó sus vidas.

Creo suficientes estas ligeras indicaciones para poder apreciar debidamente la *influencia de los estudios literarios en la Arquitectura*, y para que se les dé la importancia y aprecio que se merecen por los que á tan noble Arte se dedican.

Al hablar de los estudios que pudiéramos llamar *especiales del Arquitecto*, creo necesario, atendiendo á su misma variedad, clasificarlos en *científicos* y *artísticos*. Merecen la preferencia entre los primeros las *matemáticas elementales*, las cuales es necesario conocer y dominar hasta familiarizarse con ellas, porque son la lógica en accion; las ciencias de la exactitud, cuyo hábito necesita adquirir el Arquitecto; el lenguaje especial de que ha de servirse en muchas ocasiones, y el instrumento más poderoso para penetrar en el fondo de otras ciencias auxiliares, como son la Física, la Química, la Geología y la Historia

natural, sobre todo en la parte de estas ciencias que concierne al conocimiento de los terrenos y materiales de construccion. Más adelante es preciso al Arquitecto el estudio de los *cálculos diferencial é integral* como medio de hacer con fruto el de la *Mecánica racional y la aplicada á la construccion y á las máquinas*, y muy particularmente á la *Hidráulica* en sus importantísimas cuestiones de aforo, conduccion y distribucion de aguas en las poblaciones. Estos trascendentales estudios, unidos á los teórico-prácticos de la *Geometría descriptiva*, con sus importantísimas aplicaciones á los *cortes de piedras, de maderas y hierros* y á las *sombras, Perspectiva y Gnomónica*, forman el núcleo científico físico-matemático de la instruccion del Arquitecto; y le son todos tan esenciales y precisos que sin ellos podrá ser un buen dibujante, más no será un perfecto Arquitecto, porque no podrá tener la seguridad ni el convencimiento de lo que hace; porque no podrá separarse del camino trillado, ni resolver con acierto cuestion alguna nueva de importancia; porque comprometerá con frecuencia cuantiosos capitales que se le confien, con descrédito propio y de su noble profesion, y, para decirlo de una vez, porque sus obras fácilmente pecarán por exceso de material y de solidez, ó carecerán de la estabilidad necesaria, presentándose en ruina acaso antes de su conclusion. Recuérdese sinó entre otros el desgraciado accidente que costó la vida al Arquitecto Soufflot en la construccion del templo de Santa Genoveva en Paris, habiendo tenido que venir á remendar su obra otro Arquitecto más científico, aunque quizá ménos Artista que aquel, el distinguido Rondelet. ¡Cuántas de las llamadas obras

atrevidas, ogivales y no ogivales, han venido al suelo ó se han pronunciado en ruina antes de tiempo por el atrevimiento de sus autores de no haber calculado, ó de no haber sabido apreciar la acción permanente de las fuerzas y la resistencia de los materiales para aplicar con oportunidad y acierto los espesores y contrarestos necesarios! Precisamente por estos estudios, que no necesitan en su mayor parte el pintor, el escultor, el dibujante y el empírico ó rutinario constructor, es por lo que se dice que la Arquitectura es ciencia á la vez que es arte.

No es grande el esfuerzo que se necesita para demostrar lo que al Arquitecto ayudan los estudios físico-matemáticos. Con recordar además de lo dicho que la *Física* comprende entre otras las teorías de la luz, del calórico, de la electricidad y del sonido, íntimamente enlazadas con la perspectiva, comodidad, conservacion y forma conveniente de las construcciones: que la *Química* nos da claras, sencillas y convincentes explicaciones de fenómenos debidos á las atracciones moleculares y afinidades químicas en la descomposicion y recomposicion de los cuerpos, conduciéndonos como por la mano al conocimiento y buen uso de los materiales de construccion, y en particular de las cales y morteros; que nos enseña la accion de unos cuerpos sobre otros, y los medios de preservar los metales, maderas y varias materias de alteraciones nocivas á su conservacion; no podrá ménos de asignarse un lugar preferente á aquellas ciencias en el estudio de la Arquitectura.

De la Física y Química depende tambien directamente la resolucion de varias cuestiones de higiene en general y

de otras en particular relativas á la salud de los obreros; las cuales no deben ser indiferentes al Arquitecto, que tiene el imprescindible deber de conciencia de atender en lo posible al bien físico y moral de cuantos se ocupan bajo su direccion, y de proporcionar á sus semejantes edificios que reunan en el más alto grado posible condiciones á propósito para conservar el inapreciable tesoro de la salud. Finalmente podemos considerar agregado á este grupo de conocimientos científicos el estudio de aquella parte de la legislacion que se refiere á servidumbres y derechos de la propiedad rústica y urbana, á las construcciones civiles, y á la administracion y contabilidad; estudio que tanto recomendaba Vitruvio y que hoy conocemos con el nombre de Arquitectura legal. Sin el conocimiento de esta podria el Arquitecto comprometer grandes intereses; se expondria á aconsejar mal á los dueños de fincas en la inteligencia de su dominio y derechos, y á torcer quizá la recta administracion de justicia con desacertados ó apasionados informes, y embrollaria, en fin, aun sin pretenderlo, cuestiones que, tratadas con inteligencia y buena fé, hubieran podido resolverse sin desavenencias ni litigios. Basada en su mayor parte nuestra Arquitectura legal sobre la antigua legislacion romana, adolece, á mi parecer, de defectos, y sanciona como legales usos y abusos consagrados por el tiempo, que examinados friamente á la luz de la razon y de la justicia, necesitan tal vez un correctivo. No es ciertamente el Arquitecto el encargado de ponerle, puesto que él no legisla; pero puede muy bien, y aun debe, ilustrar y preparar la opinion pública con razonados y concienzudos escritos, que sirvan de fundamento

á una cuerda y sábia reforma de todo aquello que la necesite.

Apuntados en la breve reseña que precede los principales estudios científicos del Arquitecto, *independientes del arte*, é indicada su mútua relacion y respectiva importancia, es llegado el caso de hablar de los estudios artísticos.

Dícese comunmente «el artista nace y no se hace:» aseveracion que, si en el fondo encierra la verdad de que se necesitan para las artes génio y talento natural que nacen con la criatura, no es completamente exacta tomada al pie de la letra. El diamante es tambien producto natural, que hasta hoy no sabe el hombre producir artificialmente, y sin embargo de ser joya tan rara como apetecida, recubierto en su origen por una opaca costra, no logra llamar la atencion por su brillo sino cuando un prolijo trabajo de labra y pulimento ha puesto al descubierto su hermosura trasformándole en brillante. Pues esto mismo pasa con el génio artístico; y así dice el juicioso autor citado, Vitruvio: «conviene que el Arquitecto, además de tener ingénio, se preste dócil al estudio, pues ni el génio sin el estudio ni este sin aquel pueden formar un perfecto artista.» *Itaque eum ingeniosum esse oportet et ad disciplinam docilem (neque enim ingenium sine disciplina aut disciplina sine ingenio perfectum artificem potest efficere)*. Compréndese pues sin gran trabajo, á poco que se reflexione, que la educacion artistica del Arquitecto ha de ser tambien teórica y práctica.

La Arquitectura, como arte, obedece á dos principios que deben hallarse encarnados en el artista: uno supe-

rior, divino, natural, que se desarrolla y perfecciona con el estudio, la *inspiracion*: otro el *dibujo*, que obedece al primero, se ejerce con el auxilio de los sentidos, dá habilidad y gracia para la manifestacion ó expresion gráfica de la idea y su realizacion por la materia, y como trabajo mecánico se perfecciona con el ejercicio. Para bien dirigir la inspiracion es preciso conocer la teoria de lo bello (Estética), que con la Historia de las Bellas Artes, ilustrada por la Arqueología, el análisis de las obras maestras antiguas y modernas, y su paralelo y crítica razonada, forma el conjunto de la *teoria del arte*; brotando luego de estos estudios, como consecuencias naturales, las reglas que deben seguirse y observaciones que conviene tener presentes para la composicion de los proyectos.

La Estética debe, á mi juicio, ocupar el primer lugar, porque es un estudio verdaderamente filosófico que exige gran esmero en su exposicion, á fin de evitar el extravío de la razon y la corrupcion del gusto: no debe mirarse esta ciencia simplemente como estudio de las sensaciones, pues estas, sin variar los objetos, llegan á ser agradables ó desagradables segun la predisposicion del individuo que las recibe, segun la moda, el espíritu de escuela, etc. No basta decir esto es bonito, esto es bello porque agrada; se necesita probar que agrada precisamente porque es bueno, es decir, oportuno y adecuado á un determinado fin y conforme con las ideas de verdad y unidad, eternas fuentes de la belleza. La Estética debe remontarse y se remonta más alto; es la ciencia á priori de las causas y de las sensaciones de lo bello, es decir, la ciencia

que despues de dar á conocer la belleza en cuanto el hombre puede comprenderla, sabe establecer principios y deducir reglas, cuya recta aplicacion conduzca necesariamente á sensaciones agradables que cautiven aun á los ménos instruidos, pero no preocupados ni corrompidos, con el encanto y arrobamiento que solo la verdadera hermosura puede producir. La belleza en su origen emana de Dios: sus principios son constantes y eternos como su origen; y si no podemos comprenderla en su esencia, como tampoco á aquel que le da el ser, podemos al ménos conocerla como á su autor por sus atributos *unidad, verdad, sencillez y bondad: una* en la esencia; *múltiple* en sus infinitas manifestaciones, siempre armónicas, siempre agradables, siempre llenas de atractivo, y constantemente *indicativas de una idea trascendental y de un ser superior*, como múltiples, bellas, agradables y atractivas son las flores, sin que la hermosura y aroma de las unas redunde en mengua ni perjuicio del encanto y perfume de las otras. Así resulta que, si no es asequible al hombre descubrir la esencia de lo bello, porque nunca podrá aquel con su talento y facultades finitas descorrer el velo de lo infinito, podrá alzarle en parte, más ó ménos segun su capacidad, estudio y pureza de principios. Pero el hombre no puede prescindir en todas sus acciones de la dualidad de su sér, del *espíritu* y del *cuerpo*, y por lo mismo hay tambien en él dos clases de sensaciones: *intelectual* la una, que se dirige al alma; *corpórea* la otra, que ejerce su accion sobre los sentidos; y á una y otra debe homenage el artista en la aplicacion de los principios de la Estética; es decir, que tratándose de las Nobles Artes, y especial-

mente de la Arquitectura, para que una de sus obras lleve su civilizadora mision y sea perfecta, debe tener por objeto principal una idea útil, procurando elevar el entendimiento al conocimiento del bello ideal y del fin superior que se propuso el artista: para conseguir este efecto, la obra debe tener atractivo por sus formas y agradar los sentidos de tal manera, que las sensaciones que estos reciban cautiven primero la atencion, embelesen enseguida al observador y luego eleven su espiritu al descubrimiento de una verdad, terminando por arrobar las facultades del alma hasta la contemplacion del Ser Supremo ó de alguno de sus atributos. Por eso, tomando como ejemplo la obra de uno de nuestros más distinguidos pintores, la célebre Concepcion de Murillo, se dice que esta obra es *admirable*, más que *bella*, es *sublime*; mientras dejan de serlo otras imágenes de la Virgen, no inferiores á aquella en colorido y correccion de dibujo: pero es que la primera eleva el alma á la contemplacion de la pureza y de la Divinidad misma, mientras que en las otras solo descubre el espectador una mujer hermosa, ó cuando más una madre tierna que se recrea en su niño. Así no serán nunca *bellas* en el sentido estético, cual yo le comprendo, las producciones obscenas, aunque el artista haya vertido en ellas con letal perfume todo su ingenio, ó todo el veneno de su corazon, para halagar los sentidos embruteciendo el alma. Faltando, pues, el consorcio del bello ideal superior con la gracia de la forma en lo material, las obras de arte no llenarán completamente su objeto, y aun cuando tengan algun atractivo que permita calificarlas de *bonitas* ó de *hermosas*, no alcanzarán el de

bellas, y ménos el de *sublimes*, sino en épocas de error y á impulsos de la moda, de la preocupacion, del exclusivismo de escuela ó de la corrupcion del gusto y de las costumbres. Pudiéramos extendernos más sobre este punto acerca del cual se ha dicho mucho, no todo aceptable, ni suficientemente inteligible; pero lo apuntado basta por ahora á mi intento, para probar que debe tomarse como punto de partida el estudio metafísico de la belleza, y que deberá preceder al de la Historia y Análisis de los edificios; pues sin él no veo criterio seguro para juzgar de la bondad de estos, ni para hacer su paralelo y deducir las consecuencias, que, como reglas prácticas, puedan servir de guia á la juventud al dar los primeros pasos en la composicion de sus obras.

En la crítica de los monumentos es necesario ir con pausa, pensando y examinando cuidadosamente todas sus circunstancias; las que concurrieron á su creacion y su fin, á la cultura é ideas dominantes en la sociedad á su aparicion, y al fallo público sancionado por el tiempo. Para todo esto puede ayudar mucho la Historia general y la particular de los pueblos; pero como una y otra han dejado con frecuencia vacios y lagunas que llenar, ya por las circunstancias especiales de los narradores, ya por haberse alterado la tradicion con el trascurso de los tiempos, ya por haber desaparecido edificios y documentos preciosos con las violentas borrascas que de cuando en cuando sufre la humanidad, cambiando sus usos y costumbres; de aquí la necesidad de llamar en auxilio de la Historia aquel otro ramo del saber que hoy se designa con el nombre de *Arqueologia*. No es esta una ciencia su-

jeta á principios ciertos y evidentes como las matemáticas, pero es sí un conjunto de observaciones, hechos y deducciones filosóficas, que fundándose en la historia, en la lógica, y en el estudio y ordenado agrupamiento de cuantos restos del arte en sus diferentes manifestaciones han podido recogerse, forma un brillante cuerpo de doctrina, que es como un faro levantado en el límite de lo conocido, para alumbrarnos en la oscuridad de siglos remotos. Las enmohecidas y truncadas piedras de edificios desconocidos, la estatuaria, la pintura, el grabado, la escritura, la lapidaria, la orfebrería y uso de los metales, la cerámica, el moviliario y utensilios, las industrias testorias, los trages ó indumentaria, todo en fin cuanto ha quedado como reliquias ó indicios de lo que el hombre ha hecho, es llamado á deponer como testigo en el juicio de los tiempos. Negar, pues, rotundamente la utilidad de un medio de ilustracion que en tales datos se funda, y abandonar su estudio, sería como volver la espalda al sol y cerrar los ojos para no ver la luz. La ignorancia ó poco aprecio de esta clase de conocimientos, ha hecho cometer á algunos de nuestros artistas, aun de los más distinguidos, lamentables errores y anacronismos en restauraciones de edificios, y en la composicion de cuadros, relieves y otros productos de arte.

Finalmente, es indispensable al Arquitecto adquirir á la vez que los conocimientos teóricos indicados, mucha práctica y soltura en los diferentes ramos del dibujo; porque este es su lenguaje gráfico, y el que necesita emplear como lenguaje de los sentidos para hacerse comprender de los no iniciados ó poco versados en las Artes. De lo

contrario, no podría dar gracia ni atractivo á sus concepciones, ni hacer estas visibles antes de su ejecución, pudiendo decirse de él:

¿De qué sirve tu charla sempiterna
si tienes apagada la linterna?

Es tanto más necesario al Arquitecto dominar el dibujo, cuanto que su profesion no es puramente imitativa, sino que es creadora: y al inspirarse en la naturaleza y en las bellezas que Dios pone á su vista, no va á copiarlas servilmente, sino á interpretarlas de la manera más conveniente y á modificarlas haciéndolas servir á su pensamiento para encarnar la idea en la materia y para mejor servir á la belleza. El dibujo topográfico y geométrico, como científicos; el de paisaje, perspectiva y adorno; el de figura y el colorido, todos deben serle conocidos para dar realce á sus obras, armonizando en ellas oportunamente lo útil con lo agradable sin dar en lo inútil y superfluo. Este estudio, aunque sujeto también á principios teóricos, es esencialmente práctico, y para hacerle con fruto se necesita un prolongado ejercicio, copiando primero buenos modelos bajo la dirección de hábiles Maestros, y después midiendo y copiando mucho del natural, con atenta observación de los efectos de la perspectiva por razón de las distancias, de la gracia del claro oscuro, y del contraste y entonación de los colores.

Parándose un poco á reflexionar sobre el bosquejo que acabo de trazar de los conocimientos que debe reunir el buen Arquitecto, se viene desde luego á las mientes que

la Arquitectura es la más difícil, la más compleja y la más vasta entre las Nobles Artes y las Artes utilitarias: participa en primer grado de esta última cualidad, como ninguna otra, y reúne simultáneamente el doble carácter de ciencia y de arte, de causa y de efecto. Como ciencia se apoya en conocimientos literarios y en estudios matemáticos y físico-matemáticos; como arte fúndase en la Estética, en la Arqueología, en el estudio y análisis de los monumentos, en la observación de la naturaleza, en el conocimiento del clima, hábitos, costumbres, creencias, civilización y necesidades de los pueblos, y finalmente en el de los materiales y recursos de que puede disponer para acudir á sus atenciones. Para llenar este objeto, sírvese muy especialmente del dibujo, no solo como medio de ejecución, sino también como lenguaje expresivo y característico. Todos estos estudios se enlazan, se auxilian, se corroboran y prestan mútuo apoyo: ellos son partes integrantes de un todo: quitad una de esas piedras del pedestal de la Arquitectura, y la obra se resentirá; quitad algunas y se bamboleará y vendrá al suelo. Solo el estudio completo y bien combinado de todas esas ciencias y facultades, animado por una viva fé artística, sostenido por una honradez intachable y por unas costumbres puras y sencillas, y amparado por la paz de los pueblos, es capaz de producir Arquitectos que ennoblezcan su profesion, honrando á la vez á su pátria, y que consigan sacar á la hoy postrada, y por algunos menospreciada Arquitectura, de la triste situación á la que, así como á las otras Artes, han venido á reducirla la indolencia inherente á nuestro carácter, las discordias civiles, la escasez de verdadero amor

pátrio y la indiferencia religiosa. Pero no nos detengamos en vanas declamaciones: tengamos presente que el trabajo constante y bien dirigido, es la base fundamental de la riqueza y de toda mejora y adelanto; y que ciencia tan complicada y extensa, como es la Arquitectura, no se adquiere de improviso. Así nos lo enseña también el célebre Maestro á cuya autoridad y recto criterio he apelado tantas veces en estas reflexiones cuando dice: «siendo esta noble Arte una ciencia condecorada con tantas otras, y tan abundante en copiosos y diversos estudios, no juzgó que puedan con razon y de repente llamarse Arquitectos sino aquellos que, trepando desde la niñez de escalon en escalon por estas enseñanzas, y nutridos en el saber de muchas Letras, y de las Artes, hayan logrado llegar al supremo templo de la Arquitectura. *Cum ergo tanta hoc disciplina sit condecorata et abundans eruditionibus variis ac pluribus, non puto posse juste repente se profiteri Architectos, nisi qui ab ætate puerili his gradibus disciplinarum scandendo, scientiâ plurium literarum et artium nutriti pervenerint ad summum templum Architecturæ.*

¿Con cuánto más motivo lo repetiría hoy aquel ilustre decano si presenciara y oyera la garrulidad de nuestros días? Pero más vale no tocar á este punto: que hay cosas que contristan el corazón y abaten el ánimo. Y cuando abusando de la santa libertad y libre albedrío que Dios nos diera en el principio, se pretende ser dioses en todo, se cambia la significacion de las palabras, y á fuerza de revolver, sube á la superficie lo que siempre debió estar en el fondo, huyendo á esconderse la verdad, la virtud y el verdadero mérito, como el armiño cuando se le cercá

con cierta impura materia, vale más abrazar el partido de aquel pulcro animalillo y exclamar: *prius mori quam foedari*, la muerte antes que mancharse.

Señores: para mal perifrascar, tergiversándolo tal vez, lo que vosotros me enseñásteis bien, he abusado demasiado tiempo de vuestra paciencia; pero tenía un deber que llenar; y aunque al hacerlo aparezca el hombre tan pequeño como realmente es, ante el deber es bien que inclinen su frente el egoísmo y el orgullo.

HE DICHO.

CONTESTACION

DEL

EXCMO. SR. D. EUGENIO DE LA CÁMARA,

INDIVIDUO DE NÚMERO Y SECRETARIO DE LA ACADEMIA.

SEÑORES:

Si hay en la vida humana, tan frecuente y rudamente combatida de sinsabores y contrariedades, momentos de verdadera expansion del espíritu, la ocasion que hoy se me ofrece de levantar mi voz ante esta lucida concurrencia, para contestar en nombre de la Academia al correcto y concienzudo discurso que acabamos de oír, es sin duda una de las más gratas que en mi ya larga vida académica se me han presentado, y seguramente la más oportuna que en mi presente situacion de ánimo pudiera proporcionármese para ensanchar un tanto el alma, castigada tiempo hace con repetidos y variados reveses, y hondamente affigida por recientes y dolorosas pérdidas. En efecto, Señores, á la especialísima satisfaccion que siempre siento al llevar la voz de esta Academia, á quien tanto debo y á quien tanto amo, satisfaccion que no decae ni se disminuye á pesar de lo acostumbrado que ya me tiene á tan alta honra vuestra inagotable benevolencia para conmigo, se agrega hoy el singularísimo gozo que experimento al apadrinar en este acto, el más solemne é importante que celebran las Academias, al hombre laborioso, inteligente

y probo, que habeis querido asociar á vuestras civilizadas tareas, y en el cual yo no puedo ménos de ver al discípulo cariñoso y consecuente, al amigo probado y leal, al mismo tiempo que al Artista estudioso y modesto, tan digno de ocupar el puesto que le habeis concedido, como merecedor de todo mi afecto, y acreedor á mi gratitud: gratitud he dicho instintivamente, y no me arrepiento, porque gratitud merece el que tan bien la siente y la demuestra: *amor con amor se paga*, dice un vulgarísimo adagio; gratitud con gratitud se corresponde, no de otra manera. El lo ha dicho; hace ya casi treinta años que, vestido con el sencillo y honroso traje militar, jóven aún, y, aunque poco favorecido de la fortuna, trayendo ya adornado su espíritu y cultivado su entendimiento con los estudios de Humanidades y Filosofía, necesarios para acometer con esperanzas fundadas de buen éxito la carrera que se proponia seguir, entró por las puertas de esta casa, y se inscribió como alumno en las Cátedras de Ciencias, que tan alto renombre alcanzaron bajo la sábia direccion del egregio Catedrático D. Antonio de Varas, Maestro de los Maestros, varon tan insigne en ciencia como en virtud: pariente, discípulo y sucesor suyo en la enseñanza el que hoy os refiere estos hechos, tocóle ser el primero en tratar, conocer y apreciar los talentos y valía del que hoy toma asiento entre nosotros; y bien pronto el jóven alumno y el poco ménos jóven Catedrático, se encontraron unidos por un lazo de simpatía, que el tiempo y los sucesos posteriores no debian romper, sinó estrechar cada vez más. Hé aquí, Sres. Académicos, el sencillo principio que tuvieron esas cariñosas relaciones que hoy nos unen,

fomentadas despues por la perseverante aplicacion é incansable laboriosidad del Sr. Ruiz de Sálces, que llegaron á conquistarle la profunda estimacion de todos sus Profesores. No pretendo ocuparos demasiado tiempo con la relacion de muchos detalles de su carrera, por más que sean muy honrosos para él, y no del todo impertinentes en esta ocasion, porque no quiero mortificar su modestia; pero preciso es reseñar, siquiera sea muy rápidamente, los hechos más culminantes de ella. No todos los que saben su admision en el seno de la Academia conocen los legítimos títulos en que se funda, y á mí precisamente, que promoví y apoyé con interés su candidatura, corresponde mejor que á otro alguno dar á este cuerpo artistico una satisfaccion á que tiene derecho, recordándole los merecimientos de su elegido: ella adquirirá con esto la seguridad de que no concedió sus votos á un principiante ni á un desconocido; él contraerá el compromiso de corresponder á sus honrosos antecedentes y justificar su eleccion. Mi conducta en esta ocasion hay que confesar que no es enteramente desinteresada: se trata de un brillante discípulo que me honra; no debe, pues, extrañarse que, al mismo tiempo que procuro garantías de acierto para la Academia, busque la indemnidad del que se lo presentó, y aspire á una pequeña parte de gloria, ya que tan grande la tuve en la direccion y complemento de los estudios y carrera del candidato.

Nacido este de una humilde y honrada familia de labradores en la provincia de Santander, recibió, gracias á los cuidados de un ilustrado sacerdote pariente suyo, una esmerada educacion religiosa y literaria al lado de los Es-

colapios de Villa-Carriedo y con algun Profesor particular; y ya tenia cursados con notable aprovechamiento los estudios de primera enseñanza, humanidades y Filosofía, cuando en 1839 hubo de sufrir la suerte de soldado, que no alcanzaban á redimir los escasos recursos de sus padres: sometióse á ella é ingresó por su buena fortuna en el regimiento de Ingenieros, en el que encontró, gracias á la proverbial ilustracion de sus distinguidos oficiales, en vez de jefes amigos y protectores, ¹ que, lejos de someterle á las duras fatigas del servicio, le ocuparon constantemente en trabajos de las Oficinas del Cuerpo, le ascendieron y le concedieron amplia libertad para continuar sus estudios. Vistiendo aún el uniforme, asistió durante tres cursos seguidos á los estudios elementales de Dibujo de esta Academia, hasta obtener el pase á los superiores; ganó los dos años de Matemáticas en las Cátedras de esta casa, y otros dos de Química y Ciencias naturales, obteniendo en todos la nota de Sobresaliente. Coincidió la

¹ El ilustre General Zarco del Valle, nuestro Académico; el Brigadier Secretario D. Vicente Roman, el Coronel D. José Aparici, y los dignísimos Oficiales del Cuerpo D. Celestino del Piélago, hoy ya general; Don Fernando Garcia San Pedro, ya difunto, y D. Tomás Ibarrola, tan conocidos los dos primeros por sus obras científicas como el último por los distinguidos puestos que ha ocupado, le honraron con su amistad y su cariño, confiándole negocios de importancia en las Oficinas del Regimiento y en las de la Direccion general, y alguno de ellos hasta la educacion literaria de sus hijas. Llegado al grado de Sargento primero al concluir sus años de servicio obligatorio, le ofrecieron el de Alférez y le hicieron ventajosas proposiciones, si queria continuar en el Cuerpo; pero él las rehusó, animado como estaba del deseo de emprender la carrera de Arquitecto, y se despidió con sentimiento de sus Jefes, que hasta hoy le conservan su afecto y amistad.

conclusion del tiempo de su empeño con la creacion de la Escuela de Arquitectura en 1845, é ingresó en ella como alumno, cursando uno por uno los seis años que entonces constituian la carrera, y mereciendo constantemente en todos ellos la nota de Sobresaliente; y de tal modo se grangeó el aprecio de todos los Profesores, que, deseosos de proteger sus talentos y laboriosidad, le propusieron al Gobierno para una pension, principiando por señalársela de su propio peculio, hasta que le fué concedida oficialmente en Marzo de 1847, merced á los buenos oficios del Director general y del Jefe del Negociado respectivo de Instruccion pública, ambos individuos de esta Academia, y justos apreciadores de su mérito.¹ Siendo todavía alumno de la Escuela, y previos los ejercicios de Reglamento en la Universidad central, tomó el título de Regente en Matemáticas en 1848; y en 1850, mediante ejercicios de concurso, le fué adjudicada la plaza de Ayudante Profesor de Física y Química de la Escuela central preparatoria para Ingenieros y Arquitectos, la cual desempeñó juntamente con el cargo de Secretario de la Direccion hasta la supresion de la Escuela en 1855. En este intermedio obtuvo el título de Arquitecto en 1852; hizo oposicion en 1853 á la Cátedra de Geometría descriptiva de la misma Escuela, que por incidentes particulares quedó sin proveer; hizo otra en 1854 á la plaza de Arquitecto de Zaragoza, obteniendo en ella el primer lugar y especial recomendacion del Tribunal; y otra en el mismo año 55 á

¹ El Excmo. Sr. D. Antonio Gil de Zárate y el Ilmo. Sr. D. José Amador de los Ríos.

la Cátedra de Construcción de la Escuela de Arquitectura, habiendo merecido el segundo lugar en la terna, y una Real orden gratulatoria.

Su marcada predilección por los estudios científicos no fué causa para que descuidase los artísticos, que cultivaba también con interés, habiéndolo probado con las honrosas calificaciones que siempre consiguió en la Escuela, y con los concursos artísticos en que tomó parte. En 1852 la tomó en el que se celebró para el gran Tabernáculo de la Catedral de Málaga, y obtuvo el tercer premio en competencia con nuestro distinguido Académico Sr. Enriquez, que mereció el primero. En la Exposición general de Bellas Artes de 1862 obtuvo premio de segunda clase por el proyecto para el Instituto Manzanedo de Santoña, que se ha ejecutado bajo sus planos y dirección. En 1863 tomó parte en el gran concurso internacional que se celebró para el edificio en que se había de verificar la Exposición hispano-americana, cuyo Tribunal constituyó la Sección de Arquitectura de esta Academia, y mereció el premio primero. Ha hecho además otros muchos proyectos notables, entre ellos el de Escuela especial para los Cuerpos de Ingenieros de Caminos, de Minas y Ayudantes de Obras públicas, por encargo del Ministerio de Fomento, y que mereció completa aprobación; las Casas-palacios de los Condes de Vista Hermosa y de Cerrajería, y unas veinte y tantas casas importantes que ha proyectado y dirigido en su ya larga práctica, la mayor parte de ellas en esta Corte y algunas fuera de ella.

Los cargos facultativos que ha desempeñado son también varios é importantes, pues ha sido por espacio de

algunos años Auxiliar facultativo de la Junta consultiva de Policía urbana y Edificios públicos; Ayudante primero de las Obras de alcantarillado y distribución interior de las aguas del Canal de Lozoya desde 1856 hasta su conclusión en 1866; Tasador por el Gobierno de las expropiaciones para el ensanche y reforma de la Puerta del Sol, habiendo renunciado los honorarios que según tarifa le correspondían por esta importante comisión, y aceptado tan sólo una gratificación insignificante; Ayudante primero de la Dirección de las mismas Obras, que estaba á cargo de nuestro Académico y Arquitecto Excmo. señor D. Lucio del Valle, á quien suplió diferentes veces durante sus ausencias; Jurado en varias Exposiciones de Bellas Artes, y Vocal en diferentes tribunales de oposición á Cátedras de Institutos.

Bien veis, Sres. Académicos, por esta breve reseña, que el Artista que hoy admitis á vuestro lado no viene desprovisto de condiciones de laboriosidad, de inteligencia ni de entusiasmo; la honrosa distinción que hoy le concedéis, y que forma el complemento de sus aspiraciones, sostendrá su probado celo y su infatigable actividad, y desde hoy podemos contar, yo os lo fio, con un colaborador más, tan adicto como inteligente.

Ya le hemos oído discurrir con su acostumbrada templanza y maduro juicio sobre el oportuno tema que ha elegido para materia de su discurso; y le llamo oportuno, porque tiene, en efecto, un gran interés de actualidad en nuestros días, en que la superficialidad de nuestra educación, y el abuso lamentable que se hace de la llamada libertad de pensar y de juzgar, con más el extravío y la

confusion que han introducido en entendimientos ligeros y dispuestos á la novedad ciertas peregrinas teorías filosóficas (que se pretende aplicar igualmente á la política que á la religion, á las Artes que á las Ciencias), han dado por fruto, al lado de la carencia absoluta de ideas profundas y sólidas, la más resuelta osadía para pronunciar fallos decisivos, y conceder ó negar, con una seguridad que asombra, importancia, bondad y hasta existencia á los hombres y á las cosas. Ya lo ha dicho el nuevo Académico; la importancia de la Arquitectura y del Arquitecto no es conocida de la generalidad de las gentes, que no penetran la multitud, variedad y extension de los conocimientos que abarca tan vasta profesion: la falta de exámen y de reflexion los hace miopes, y por eso no ven en el Arquitecto otra cosa que el Maestro de hacer casas, oficio que desempeña perfectamente en virtud de su práctica un buen Albañil ó un constructor empírico; ¿qué mucho, pues, que confundan al Albañil con el Arquitecto, y aun á veces prefieran á aquel? ¿Qué mucho que el mismo constructor, especialmente si ha procurado ilustrarse un poco, y sabe entender ó acaso ejecutar un planito y disponer la distribucion de una casa sencilla, se estime en tanto ó en más que estima al Arquitecto? «Las casas las hacen los Albañiles, como las batallas las dan los soldados, y el general se lleva la gloria;» seria cierto, si el hacer las casas consistiese en amontonar ladrillos y piedras, y el ganar las batallas en matar mucho y bien, despreciando la muerte. Pero no es así ciertamente, y por eso es necesario hacer comprender la verdad, presentando las cosas bajo su verdadero punto de vista, para que cada cual ocupe en el aprecio de

las gentes el lugar á que legítimamente tiene derecho. Acabamos de oír una enumeracion de los principales estudios que necesita hacer el Arquitecto para merecer y sostener dignamente el honroso dictado de tal. Y no es ciertamente una exageracion de los antiguos ni un vano alarde ó lujo de ciencia de los modernos: es una necesidad real y verdadera la que tiene de reunir una considerable suma de conocimientos literarios, científicos y artísticos el hombre que, en el ejercicio de su vastísima profesion, no tiene que limitarse á idear y consignar en el papel los más vastos y complicados proyectos conforme á los principios de la Estética, y satisfaciendo cumplidamente á las necesidades del programa, á las conveniencias de la distribucion y á las justas exigencias de la salubridad y de la economía, sinó que tiene que saber llevarlo á vias de ejecucion, aplicando sus conocimientos científicos y las invariables reglas de la Estática, con las correcciones prudentes que aconseja la experiencia, nacidas del exacto conocimiento de los materiales, de su combinacion y propiedades físicas y químicas, de los defectos é imperfecciones inevitables en la mano de obra, de las condiciones climatológicas, y de multitud de consideraciones que debe tener presentes para modificar con inteligencia las fórmulas teóricas deducidas para el caso del equilibrio, y para materiales perfectamente homogéneos: necesita saber comunicar y hacer comprender sus órdenes á las diferentes clases de obreros, artífices, y aun artistas, que tienen que concurrir á la realizacion de la Obra, organizar los trabajos, y dar á los que han de ejecutarlos la direccion conveniente para que cooperen á dar vida y exis-

tencia á su pensamiento, como guiados por una sola y única voluntad: necesita conocer perfectamente la legislación especial relativa á las construcciones, á los derechos de propiedad urbana y rural, las ordenanzas generales y especiales de policía é higiene de las poblaciones; y estar dotado de prudencia suma y de criterio recto é inflexible, como quien ha de resolver infinidad de cuestiones graves sobre servidumbres y derechos, y asesorar á los Tribunales, á las Autoridades y al Gobierno mismo, en asuntos contencioso-facultativos de gran cuantía: necesita, en fin, y sobre todo, estar dotado de la más acendrada probidad, y gozar de una reputacion sin tacha, para que no sea posible ni la sospecha siquiera de que su rectitud pueda doblegarse con dádivas, ni de que en la administracion y empleo de los capitales que le confian sus clientes pueda faltar á las reglas de la más exquisita pureza. *Sit facilis aequus et fidelis, sine avaritiá, quod est maximum: ne sit cupidus, neque in muneribus accipiendis habeat animum occupatum, sed cum gravitate suam tueatur dignitatem bonam famam habendo.* ¡Admirable moral en boca del gentil Vitrubio, digna de esculpirse con letras de oro sobre eternos mármoles! No os hago, Señores, el agravio de daros traducido un pasage tan hermoso como perspicuo. Júzguese, pues, si para el acertado ejercicio de tan múltiples y variadas funciones, estarán de más los estudios que Vitrubio recomienda al Arquitecto; y téngase presente que no fué esta en la antigüedad opinion exclusiva que inspirase al patriarca de la Arquitectura el entusiasmo que le animaba por su noble profesion. Aristóteles llamaba á la Arquitectura *Philosophia quae omnes Ar-*

tes tamquam satélites complectitur: Platon y Marco Tulio, cuando querian ponderar una ciencia de vastos y complicados estudios, la comparaban con la Arquitectura, con la Medicina ó con la Moral: la misma idea viene á expresar Quintiliano, cuando dice (lib. II, capítulo último): *Aliae quoque artes habent multiplicem materiam velut Architectónicas*, y Samuel Pitisco en su *Lexicon antiquitatum* dice «que la Arquitectura se basta á si misma para producir una obra perfecta en su estructura, y que las demás Artes se le agregan, y la adornan y embellecen, como los vestidos al cuerpo, puesto que sin tales adornos el edificio puede subsistir y ser mirado como completo.»¹ Esta misma abundancia y complicacion de estudios varios, y la dificultad de reunirlos una sola persona en el grado necesario de perfeccion, era sin duda la causa de que en la antigua Grecia, que tan alto rayó en el cultivo de las Artes, fuesen tan pocos y tan considerados los que ejercian la Arquitectura, como se infiere del dicho de Plinio, que hablando de esta utilísima profesion, la llama *rara omnino ars, et quám paucissimi eam tenent in Graecia*. Si esto, pues, sucedia en aquellos remotos tiempos ¿cuáles no deberán ser las exigencias en los presentes, despues que las ciencias fisico-químicas han tomado tan pasmoso vuelo y la industria tan inmenso desarrollo; despues que el refinamiento de las sociedades modernas ha creado tantas necesidades nuevas, y todas estas causas reunidas han dado

¹ *Architectura, inquam, perficit ipsum structurae corpus, reliquae artes accedunt, ut ornamenta corpori, cum sine his aedificia subsistere possint tamquam integra.*

origen á métodos y materiales de construcción completamente desconocidos de los antiguos?

Pero huyamos de todas las exageraciones, y no pretendamos pedir á nuestro Arquitecto una universalidad de conocimientos que, ni es necesaria ni posible: el mismo Vitrubio, que tan exigente parecía mostrarse, desechaba la opinión de Pithio, Arquitecto que construyó el templo de Minerva en Priene, el cual quería que el que llevase este título «excediese en todas las Artes y doctrinas á aquellos que, profesando ó cultivando cada una en particular, hubiera logrado llevarlas al más alto grado de perfección.»¹ El, por el contrario, decía: «No exijo que sea tan gramático como Aristarco, sinó que no sea extraño á las letras; ni tan músico como Aristóxenes, sinó que no sea insensible á las bellezas ni ignorante de los principios de ese Arte; ni tan pintor como Apelles, sinó que sepa bien dibujar; ni tan escultor como Miron ó como Polycleto, sinó que conozca la índole y los principios de la Escultura; ni tan médico como Hipócrates, sinó que tenga algunas nociones de medicina;» en suma, no está obligado á ser excelente en todas esas ciencias y artes, sinó á tomar de cada una de ellas las nociones que pueden ser aplicables á su importante profesión.

Pero no nos detengamos más en este punto, que ya ha tratado en su Discurso nuestro nuevo colega, con la ex-

¹ Architectum omnibus artibus et doctrinís plus oportere posse facere, quam qui singulas res suis industriis et exercitationibus ad summam claritatem perduxerunt.

tension que basta para un trabajo de la índole del que acabamos de escuchar: yo solo me proponia aquí confirmar y corroborar sus opiniones y asertos; por eso paso ya á hacerme cargo de la segunda parte de las dos que implícitamente abraza la proposicion del discurso á que contesto, á saber: del exámen y paralelo de los diversos estudios, cuya suma constituye la educacion del Arquitecto y apreciacion equitativa de su relativa importancia, punto delicado y difícil por demás, y en cuya dilucidacion entro con timidez, aunque no escaso de convicciones. Y no hay que extrañarlo: la inmensa esfera de los conocimientos que contribuyen á formar un perfecto Arquitecto, puede considerarse dividida en dos hemisferios, uno que contiene los que constituyen la educacion literaria, la científica y de aplicacion; otro que abraza los estudios artísticos, arqueológicos y críticos: el primero lo he recorrido despacio, lo he explorado con algun detenimiento, y creo conocerle medianamente; por el segundo solo he hecho viajes rápidos, y como si dijéramos en ferro-carril; y sabido es que el viajero que de esta manera camina, poco cargo puede hacerse de las poblaciones por donde pasa. ¿Y por qué habia de negarlo, ni ocultarlo siquiera? El confesarlo no es modestia, sino sinceridad; el negarlo seria orgullo necio, el ocultarlo pueril vanidad por lo ménos: el campo que cultivamos es tan extenso, que no hacemos poco si logramos hacer producir fecundo fruto á una buena porcion de él; y, dejando que otros labren el resto, tomamos de su cosecha lo que nos basta para nuestro uso, á cambio de aquello que de la nuestra les prestamos. Esta razonable y justa division del trabajo, y esa reciprocidad y co-

mercio mútuo de ideas, conducen de un modo seguro á los adelantamientos y progreso sucesivo, que no seria posible alcanzar, si cada uno se empeñase en remover y esplotar terrenos de tan diferentes calidades. Y luego, que no puede perderse de vista la diversidad de dotes mentales que cada clase de estudios exige. En el Artista ha de predominar necesariamente una imaginacion fácil, fogosa, rica de ideas y de medios para expresarlas con ese gusto exquisito que nace del perfecto sentimiento de la belleza; al paso que en el hombre de la ciencia y del cálculo tiene que sobresalir la facultad reflexiva, la madurez con que medita, la fuerza de raciocinio y de voluntad con que busca el por qué de todas las cosas, y persigue con inquebrantable constancia la explicacion de un fenómeno científico, la demostracion de una verdad oscura, hasta que consigue ponerla á la altura de los axiomas: facultades son estas bien diversas y casi antagónicas; Matemático y Poeta parecen cualidades incompatibles: los Albertos Lista son *rara avis in terrá*, seres excepcionales que poquisimas veces se presentan. Ahora bien; reconociendo la *ciencia del Arquitecto* como única base sólida los estudios matemáticos, y siendo tambien la *Arquitectura bella Arte* que ha de ser animada por la inspiracion, sostenida por el sentimiento, dirigida en sus manifestaciones ostensibles por las reglas de la belleza estética, ¿habrá algun Arquitecto que se avergüence de confesar que es ménos fuerte en alguno de estos dos terrenos? Si hay alguno que presuma de ser consumado en ambos, desde luego le calificaremos de iluso.

En dos grandes y vastos hemisferios he considerado

antes dividida la inmensa esfera de los conocimientos que contribuyen á formar un perfecto y consumado Arquitecto; pero esta division no es suficiente, y hay necesidad de subdividir, si se desea que los diversos y variados ramos que comprenden se puedan cultivar especial y cumplidamente por personas competentes. Aunque el nombre de Arquitecto no debiera en rigor aplicarse sinó al que poseyese toda la suma de conocimientos cuya necesidad hemos reconocido, convendremos, sin embargo, en aceptarle, modificado por un subsiguiente calificativo, para designar á aquellos que despues de haber obtenido, mediante los estudios reglamentarios, el titulo de suficiencia que les da la aptitud legal para ejercer la profesion, hayan dedicado su actividad y los esfuerzos de su inteligencia á determinados estudios: bajo este aspecto haremos una clasificacion convencional para discurrir con un poco de método y claridad en el humilde trabajo con que hoy distraigo vuestra atencion de más árduas y útiles tareas, y consideraremos el Arquitecto científico y constructor, el Arquitecto Artista y el Arquitecto Arqueólogo y erudito; y, aunque parezca redundancia, repetiremos que la cualidad que cada uno de estos calificativos significa, de ningun modo supone la exclusion ó ausencia de las demás, y solamente denota el género de estudios á que ha consagrado con preferencia sus desvelos.

El Arquitecto científico y constructor, á quien suponemos una esmerada educacion literaria y una extensa y sólida preparacion científica comprensiva de las Matemáticas elementales y superiores, incluso los Cálculos diferencial é integral, la Mecánica racional y Aplicada, la

Topografía y Geodesia, la Física, Química, Mineralogía y Geología, la Geometría descriptiva y sus aplicaciones, y una más que regular habilidad en el dibujo artístico y científico, después de adquiridos los estudios especiales de la carrera, dedica con particular preferencia su atención á la resolución científica del gran problema de las construcciones en sus infinitos y variadísimos casos. Para conseguirlo necesita pedir, en primer lugar, á la Geometría los medios de clasificar con sencillez y buen método los muros y bóvedas que pueden ocurrir en la construcción, y las reglas para medir sus áreas y volúmenes, datos indispensables para calcular las unidades de cada clase de fábricas, las cantidades de material que entrarán en ellas, su coste parcial y total, y hasta su peso absoluto y específico; y cuando los recursos de la Geometría no alcanzan, como sucede en muchos de los casos, invoca el auxilio del cálculo integral, con el que se realizan verdaderas maravillas. Una vez conseguida la apetecida clasificación de los muros, arcos y bóvedas, y obtenidas las fórmulas para la medición y cubicación de todos ellos, y haciendo uso acertado de las teorías de la Mecánica, le toca calcular las condiciones de equilibrio y de estabilidad de toda clase de construcciones, los gruesos ó dimensiones que es necesario dar á los pilares y muros para que resistan los empujes oblicuos que producen las bóvedas, á causa de la descomposición que sus respectivas formas determinan en la fuerza universal de la gravedad, como también los contrarestos que en casos dados pueden oponérseles con notable economía de espacio, de trabajo y de gasto.

La misma ciencia, rectamente combinada con el cono-

cimiento de las propiedades físicas y químicas de los varios materiales que suministran los reinos mineral y vegetal, le da los medios para estudiar y sujetar al cálculo las condiciones de resistencia de los mismos, y para disponer con inteligencia los aprestes, andamios, cimbras, armaduras, apeos, máquinas y aparatos de transporte, elevacion y colocacion en obra de grandes masas de piedra, con todos los demás medios auxiliares que en las grandes construcciones se necesitan, y con los cuales se vencen con facilidad y sencillez dificultades que parecerian insuperables.

La Mecánica de los líquidos, con la recta aplicacion de sus principios y convenientemente auxiliada por la Topografía y la Geodesia, segun los casos, le guia con seguridad en la construccion de todo género de obras hidráulicas, en las conducciones de las aguas por acueductos, por canales ó por cañerías, en su distribucion y aprovechamiento para riegos, abastecimiento de las poblaciones, fuentes de utilidad, y de puro ornato y recreo en plazas, paseos y jardines. La ciencia de las proyecciones y su aplicacion á los cortes de piedras, maderas y metales, le dan todos los medios que puede apetecer para trazar con seguridad y acierto las plantillas de las diferentes piezas, ya sean de piedra, maderas ó metales, que han de constituir un arco, una bóveda, una armadura, una máquina ó aparato cualquiera que se haya propuesto emplear, pues ella proporciona los medios de representacion más exactos y perfectos que pueden desearse para dar á conocer la forma y dimensiones verdaderas de toda clase de objetos, y sus formas aparentes ó perspectivas. Finalmente, la

observacion y la experiencia, ayudadas por repetidos ensayos, que siempre deben ser dirigidos por las ciencias fisico-químicas, le conducen á formar tablas de curiosa y utilísima aplicacion en la práctica para corregir los resultados que dá el cálculo, prescindiendo de los accidentes que no puede ni debe tomar en cuenta.

El Arquitecto Artista, propiamente dicho, es el que, sintiendo en su mente la fecunda semilla del génio, ha procurado hacerla germinar y desarrollarse, mediante el asiduo estudio y el concienzudo análisis de las obras maestras de la antigüedad; y habiendo preparado su entendimiento para que adquiriera la costumbre de analizar sin prevenciones, comparar con justo criterio y elegir sin pasion entre las diversas manifestaciones del Arte, empleando para ello la sana lógica y una razonable Metafísica, se ha esforzado en ilustrar su entendimiento con la atenta lectura de la Historia en general y de la Historia de las Artes en particular; en educar los sentidos físicos no ménos que el sentido moral en la percepcion y apreciacion de la verdadera belleza, que le ha de conducir á imprimir en sus concepciones el sello de propiedad que las haga aparecer adecuadas á su uso y destino, así por lo oportuno y cómodo de su disposicion y distribucion, como por lo característico de su decoracion y hasta por la conveniente eleccion y empleo de los materiales con que se construyan. Acierto y tino en la situacion, comodidad, conveniencia y facilidad de uso y servicio en la disposicion y distribucion de las plantas; desahogo sin exageraciones de grandeza; regularidad sin esclavitud á la simetría y éuritmia; sobriedad en los adornos sin exceso de

gravedad afectada; gracia en los perfiles, con sencillez y naturalidad combinados; originalidad sin extravagancia; novedad y variedad en los elementos decorativos y en la composicion sin caprichos ni ridiculeces; proporciones y relaciones estudiadas y razonadas entre el conjunto y los miembros que le componen; carácter, en fin, adecuado y expresivo, ya severo y grave, ya magestuoso y sencillo, ya robusto é imponente, ya rico y fastuoso, ya jugueton y ligero, segun la índole de su destino lo exija: hé aquí el conjunto de condiciones varias que el Artista tiene que aspirar á reunir en su proyecto..... ¿Y habeis reflexionado un poco, Señores, sobre su número, su importancia, la inmensa dificultad de satisfacerlas con acierto? ¿Y habeis meditado un momento sobre la circunstancia de que todo esto ha de conseguirse sin perjuicio de la solidez y estabilidad de la construccion, que tantas trabas impone, y sobre otra, más lastimosa aún y no poco frecuente, la de que á menudo se ve obligado el Arquitecto á sujetar su composicion á piés forzados de extension, de forma, de coste? ¿Qué palabra, pues, buscaremos que dignamente califique, que justamente elogie el difficilísimo triunfo que alcanza el Arquitecto Artista que tan sublime obra acierta á consumir? Lo dejo á vuestra apreciacion, seguro de que todo os parecerá poco para encomiar semejante victoria del entendimiento y del trabajo del hombre.

El Arquitecto Arqueólogo y erudito dedica sus vigi-
lias á estudios ménos áridos, y se ocupa en tareas ménos
penosas y difíciles que las del Arquitecto científico y cons-
tructor: á diferencia del Arquitecto Artista tiene que ejer-
citar ménos la imaginacion que el entendimiento, y sus

ordinarias elucubraciones, sin que cedan en importancia á las de los otros dos, les llevan la ventaja de ser más tranquilas, exentas de los continuos disgustos y aun peligros reales, á que con frecuencia se vé expuesto el Arquitecto constructor; no tan ocasionadas á la amarga crítica de los llamados inteligentes, como las producciones del Arquitecto Artista, al ménos mientras limita su actividad á los estudios históricos, comparativos y críticos, y á esa polémica razonada, civilizadora, que instruye recreando. Para sobresalir en este dificilísimo ramo de los conocimientos artísticos, se necesita un talento esencialmente observador, dotado de esa especial facultad sin nombre que sirve para comparar y clasificar con acierto; una intuición pronta y perspicaz, desarrollada por el constante y reflexivo estudio de los monumentos de la antigüedad; mucha costumbre de verlos y examinarlos, no someramente y por encima como el simple aficionado; sinó con prolija y profunda atención, desmenuzando sus detalles, midiendo, tocando, dibujando, descubriendo relaciones y proporciones, adivinando el pensamiento que presidió á su composición y trazado; y por último, una facultad retentiva feliz, auxiliar poderoso para poder prontamente y con seguridad determinar, mediante un rápido raciocinio mental, el estilo y la época de un edificio, de un diseño, de un fragmento, y los tipos naturales con que se ha de comparar para clasificarlo. Bien se vé por este breve exámen de sus ocupaciones, que al Arquitecto Arqueólogo no le basta haber cultivado con especial esmero el estudio de las antigüedades, sinó que necesita ser profundamente lógico y razonador, muy hábil en el dibujo,

muy conocedor de los sistemas de construccion de las diferentes épocas y países, y muy versado en la Historia. Pero en donde mejor y más cumplidamente se revela la grandeza y elevacion que puede alcanzar el Arquitecto Arqueólogo, es en la restauracion de un monumento importante de la antigüedad: este es para mí, Señores, y me parece que tambien para vosotros, el problema más sublime, más complicado y más difícil de cuantos pueden ofrecerse al Arquitecto en el ejercicio de su vastísima profesion, por cuanto él puede envolver, y envuelve casi siempre, la resolucion de gravísimas cuestiones correspondientes á los tres órdenes de estudios en que me habeis consentido distribuir la suma de los que necesita un consumado Arquitecto: en efecto, el Artista encargado de la delicadísima mision de restaurar un monumento, tiene que comenzar por estudiarle, analizarle y desmenuzarle con prolijo afán, hasta conocerle perfectamente en sus mínimos detalles, hasta penetrar en el pensamiento artístico que presidió á su creacion, hasta identificarse con los sentimientos del Artista que lo concibió; y es bien claro que no lo conseguirá nunca completamente, si no es consumado Arqueólogo, si no se encuentra capaz de trasportarse en espíritu á la época y á las condiciones de vida y de sociedad en que se erigió el monumento: tiene despues que adivinar por lo que en él existe, lo que falta, y al tratar de restablecer las cosas al estado que primitivamente tuvieron, preciso es que sienta el Arte de tal modo que, penetrado de *la idea que traduce ó interpreta*, no varíe, ni tergiversese, ni debilite siquiera, su genuina significacion; introduciendo una hoja, una moldura, un detalle, por in-

significante que parezca, que desdiga de la perfecta unidad que tiene obligacion de conservar; y esto, Sres. Académicos, exige que posea el más delicado y exquisito sentido artístico: tiene, en fin, que reconstruir lo que las injurias del tiempo y de los hombres han destruido; acaso desmontar mucho de lo que se conserva, aunque sin condiciones de estabilidad, para reponerlo dotado de ellas; acaso restituirle esas mismas condiciones de seguridad sin desmontarlo, empleando los atrevidos é ingeniosos recursos que suministra la mecánica, restableciendo en la posición vertical muros desplomados, sosteniendo suspendidas, como en el aire, bóvedas enteras para reemplazar con otros nuevos los apoyos que les faltaron; y para realizar estas y otras maravillas, preciso es que el Arquitecto posea, y se encuentre en estado de aplicar con desembarazo y acierto, los más elevados conocimientos de la ciencia de las fuerzas, porque el empirismo y la práctica, aunque residan en una persona de reconocido talento natural, son impotentes para dominar tamañas dificultades.

Ved aquí, pues, Señores, rapidísimamente enumerados los estudios del Arquitecto, y considerad cuán grandioso y extenso es el campo de aplicaciones que pueden ofrecerle: seguramente os convencereis de que, al hacer mi clasificacion convencional, aun he subdividido poco, puesto que cada uno de los tres grupos que he formado abarca conocimientos tan numerosos y variados, que apenas basta la vida entera de un hombre laborioso y activo para profundizarlos convenientemente. En tan compleja profesion hay ejercicio para todas las inteligencias, campo ancho que cultivar para todos los talentos; el hom-

bre reflexivo y propenso á la meditacion y al cálculo encuentra abundante materia en los variados problemas de la ciencia de las construcciones, que le proporcionan ocasiones de aplicar los más sublimes conocimientos de los Cálculos, de la Mecánica racional, de la industrial y aplicada, de la Descriptiva y de la Estereotomía: el dotado de imaginacion viva, fogosa y poética, si además domina, como siempre sucede, el arte del Diseño, puede dar libre vuelo á su fantasia, dedicándose á la parte artistica y monumental de la Arquitectura, y traduciendo en líneas, bellas y bien combinadas, las ideas que se presentan á su mente creadora; sublime empleo de la inteligencia humana, que eleva y engrandece la pequeñez del hombre aproximándole á Dios; facultad rara, que consigue inapreciables triunfos cada vez que produce un edificio dotado de todas las condiciones de bondad y perfeccion artistica, puesto que á diferencia de las otras Artes, todo tiene que crearlo y no halla tipos que imitar en la naturaleza: el hombre aficionado á los estudios teóricos, literarios y críticos; el que cultiva la historia, el hombre de administracion y de talento organizador, hasta el de instintos mercantiles, especuladores é industriales, todos encuentran útil y ventajosa aplicacion para sus dotes especiales, todos contribuyen á completar la suma de cualidades que exige la realizacion de una importante empresa arquitectónica.

Ahora bien, Señores; considerado lo que deberia ser el Arquitecto, ¿habrá alguno que sériamente se atreva á creer que lo es completo, ó que se avergüence de confesar su insuficiencia y se retraiga de consultar á un compañe-

ro, ó de asociarle á sus tareas, ó de reconocer su superioridad en determinadas materias? ¿Y qué diremos de los que, poseyendo tan solo los rudimentos científicos, y alguna práctica en la construcción, é ignorando completamente las sublimes aplicaciones de la ciencia, y todas las teorías artísticas, se creen de buena fé no iguales, sinó superiores, á los Arquitectos, cuyo título y facultades usurpan sin escrúpulo? Nada diremos, sinó condolernos de la pequeñez del hombre, cuyo orgullo y presunción están siempre en razón inversa de su verdadero saber; y cree saber mucho, porque no sabe cuánto ignora.

Para inteligencias tan ilustradas y claras como las que benévolamente me escuchan, creó haber presentado en una forma suficientemente sencilla y fácil de comprender, la importancia absoluta y relativa de los estudios científicos, artísticos y literarios en la carrera y profesión del Arquitecto, tal como yo la comprendo; sospecho, sin embargo, que á algun escrupuloso ó susceptible puede ocurrírsele preguntar: pero ¿á cuál de esos tres órdenes de estudios, que has considerado, concedes tú mayor importancia? ¿Debemos acaso creer que el orden de preferencia que les atribuyes está consignado implícitamente en el orden mismo con que los has enumerado? Tratándose de una Academia de las Tres Nobles Artes, ¿puede ó debe ser ese orden el mismo que fuera de ella es acaso aceptable? Hé aquí una nueva fase del tema de mi pobre Discurso, que no deja de ofrecer alguna importancia: esas preguntas, que me parece oír dirigirme á media voz, pueden ser cándidas y pueden ser intencionadas; sean lo que quieran, yo las contestaré con sinceridad; la sinceridad es

mi flaco; cada hombre tiene sus debilidades especiales, y tal vez se cree valiente y pugna por parecerlo el que realmente es cobarde; se juzga sagaz y penetrativo el que no ve más allá de sus narices; bonachon y de dulce carácter el que gruñe y se irrita á cada paso; humilde y modesto el que rebosa vanidad en todas sus palabras y conceptos; yo me creo sincero y leal, respetad mi ilusion y ved si mis respuestas os satisfacen. Yo profeso las ciencias, y he consagrado toda mi vida al estudio y la enseñanza de las que forman la base de la instruccion del Arquitecto y del Ingeniero, de las únicas que le enseñan á vencer las grandisimas dificultades de la construccion y á dominar los graves é imprevistos incidentes que con frecuencia se presentan en ella; ya oigo decir á alguno: «basta con eso, ya sabemos por qué has colocado las ciencias en el primer lugar;» y sin embargo, no es eso: las he colocado en el primer lugar, porque el mismo género de estudios á que me he dedicado, me ha hecho adquirir hábitos de orden y espíritu de clasificacion, llevados hasta la exageracion, hasta la ridiculez acaso: en mi mesa no vereis jamás un libro grande sobre otro más pequeño; las monedas, ni aún en el bolsillo, acierto á llevarlas como no sea colocadas por orden de magnitud. Los estudios científicos, y especialmente los matemáticos, son la base, el *cimiento* de la Arquitectura, hé aquí por qué los he puesto los primeros; despues he colocado los artísticos, que naturalmente los siguen y en parte los acompañan, y en tercer lugar los arqueológicos, literarios y de erudicion, que no pueden hacerse bien sin que aquellos les precedan, y que son el complemento de la educacion del Arquitecto-

to. Es cuestion de método, nada más, y véase de paso que, lejos de señalar el puesto más alto á mis estudios predilectos, se lo he reservado juntamente con el más pomposo elogio y con el más respetuoso homenaje de admiracion al Artista capaz de llevar á cabo con acierto la restauracion de un monumento importante de la antigüedad, obra sublime en que considero cifradas todas las dificultades y todos los merecimientos. Y ¿sabeis, Señores, por qué me inspira tanto respeto y admiracion ese gran esfuerzo de la inteligencia humana? Pues es precisamente porque lo miro mucho más alto que los alcances de la mia: el conocimiento de mi pequeñez é insuficiencia para tamaña empresa, excita en mí un género noble de envidia, que en vez de producir ódio, engendra admiracion. Estas sencillas reflexiones responden cumplidamente á la primera pregunta, y preparan la contestacion de las otras dos.

En cuanto á la importancia y utilidad respectiva de los diversos órdenes de estudios, por lo mismo que es cuestion que, mirada bajo diferentes aspectos puede dar, y ha dado ya origen á largos y acalorados, aunque amistosos, debates, quiero tratarla con la mayor parsimonia, porque á nada bueno conduce: el apasionado cariño que cada uno llega á profesar á los estudios que con empeño ha cultivado, y en los que acaso ha llegado á hacer adelantos notables y á conquistarse reputacion y fama, le hace mirarlos como los más útiles y preciosos, y acontece con frecuencia que las polémicas, que en defensa de unos y otros se sostienen, no producen el convencimiento, y en cambio excitan rivalidades y antagonismos, siempre perjudiciales

á los que cultivan una misma Arte y conspiran á un mismo fin. Por eso yo en este punto me limitaré á consignar ciertas proposiciones y reflexiones cuya perspicuidad está al alcance de todos, y dejaré á la perspicacia de los que me escuchan ó me lean, el hacer las aplicaciones y deducir las consecuencias que su buena lógica les dicte, pues no entra en mis propósitos suscitar controversia, y seria feliz si acertara á producir convencimiento; no me creo capaz de tamaño triunfo.

Ciencia, para mí, es el conjunto de principios ciertos y evidentes, metódicamente expuestos y ordenados, que conducen al hombre en el estudio de una facultad ó en el cultivo de un ramo cualquiera de los conocimientos humanos. La Academia la define: «Sabiduría de las cosas por principios ciertos,» definición más concisa, pero que en el fondo difiere poco de la mia. Bajo este aspecto, las únicas ciencias en el riguroso sentido de la palabra son las Matemáticas, llamadas por antonomasia ciencias exactas; pero por extension se aplica tambien este nombre al conjunto de conocimientos que constituyen una Facultad cualquiera, aunque los principios en que está basada no sean tan rigurosamente exactos y demostrables: tales son la Medicina, la Jurisprudencia, la Filosofía, en las que abundan las materias opinables y sujetas á controversia y á sistema. Arte es, en el sentido general y usual de la voz, un conjunto metódico de reglas y preceptos para hacer bien una cosa; pero esta definicion, que cuadra perfectamente á las industriales y mecánicas en sus diferentes categorías, no expresa bien la índole de las Artes liberales en que lleva la parte principal la imaginacion y la fanta-

sía, dirigidas y encaminadas por las reglas del buen gusto, teniendo por fin y por ideal la belleza y la bondad metafísicas, y por caracteres constitutivos la unidad y la verdad. Es sumamente difícil definir el Arte en esta sublime acepción; por eso son tantas las definiciones que se han dado de esta voz, y tan pocas las que expresan debidamente la idea que ella debe despertar en la mente; lo que no debe extrañarse, si se observa que el Arte se siente más que se explica, á la manera de esas sensaciones primitivas que se adquieren por intermedio de un sentido, y de las que no puede formarse idea el que no experimente la sensación. ¹

Pero tampoco lo necesitamos para nuestro propósito, puesto que lo que llevamos dicho, y lo muchísimo que á ello podríamos añadir y suplir á vuestra inteligencia, basta y sobra para comprender que la Arquitectura es Arte y es Ciencia; que vive, se forma y se constituye de ambos elementos necesaria y convenientemente combinados; que la falta de cualquiera de ellos la deja incompleta, imperfecta, incapaz de vivir y de servir para su objeto: ya lo hemos dicho en un artículo publicado en un importante Diccionario enciclopédico que está viendo la luz pública en esta Corte: ² la Ciencia y el Arte en el Arquitecto son inseparables: con Ciencia y sin Arte podría resolver algu-

¹ ¿Quién será capaz de explicar ó definir los sabores dulce, ágrío, picante? ¿Quién dará á un ciego de nacimiento idea del color azul ó del rojo? ¿Quién hará distinguir á un sordo-mudo el sonido de una flauta del de un violin?

² Diccionario general de Política y Administración: art., Arquitectura.

nos, y no todos, de los problemas del Ingeniero, pero no los del Arquitecto; con Arte y sin Ciencia solo seria capaz de producir bellos delirios que, á manera de las decoraciones de un Teatro, podrian subsistir solo en el papel. Procuremos no romper nunca por pequeñas susceptibilidades ese hermoso y utilísimo consorcio: que nunca se divorcie el Arte de la Ciencia, porque al separarse habria de repetirse la escena de la disputa del Pedernal y el Eslabon, que con tanta gracia y concision refiere Samaniego en su conocida fábula, que termina con estos versos:

Riñendo este con aquel,	¿Valeis vos algo sin mí?
Y al separarse los dos,	Y el otro respondió: sí,
Quedaos, dijo, con Dios:	Lo que sin mí valeis vos.

Réstame solo responder al último escrúpulo de los que supongo han asaltado á mi susceptible oyente; pero la respuesta es óbvia y la dicta el buen sentido. ¿Quién puede dudar que en una Academia de Artes las Artes son lo primero? Pero *lo primero* no quiere decir *lo único*; y una vez probado, como lo está, que la Arquitectura tiene por lo ménos tanto de Ciencia como de Arte, y que el dualismo de su esencia no puede dividirse sin matarla, si-guese por un recto raciocinio que esta Academia, que cultiva, no á medias, sinó por completo, el Arte y la Ciencia de la buena y bella edificacion, puede y debe llamar á su seno á los hombres que sobresalgan en cualquiera de los tres órdenes de estudios que la constituyen. Si yo no tuviera esta profunda conviccion, creed firmemente que no hubiera admitido ni conservado tantos años el honroso puesto que este ilustre cuerpo me concedió hace ya

más de veintiseis, en el cual tengo la poca modestia de creer que no le he sido enteramente inútil, á pesar de mi reconocida nulidad artística y literaria. Pasadme, os suplico, este nuevo arranque de presuntuosa sinceridad.

Por lo demás, si para decidir cuestiones de preferencia, acudiésemos á la condicion de utilidad positiva y real, y atendiésemos solo al fin útil, de actualidad, que puede llenar la Arquitectura en este siglo material y metalizado, ¿qué seria del Arte? ¿Qué de la Ciencia? ¿Para qué servirían todos esos variados é importantísimos estudios, cuya necesidad nos hemos esforzado en probar? ¿Qué es hoy, y á qué está reducida la Arquitectura monumental? ¿Se construyen Catedrales, Museos, Palacios de Justicia, Universidades, Arcos de triunfo, Obeliscos, Teatros, Fuentes monumentales, Acueductos, Termas, ni siquiera Hospicios, Hospitales, Mercados y Lavaderos? Nada de eso: casas comunes de palo y clavo que cuesten poco y produzcan mucho; algun fastuoso palacio de magnate, ridículamente engalanado con follages y cartelas y frontones recortados, infeliz imitacion de los malos ejemplos de la moderna Arquitectura francesa; diseñado y dirigido por algun constructor extranjero, desechado de su país, acogido y mimado en el nuestro; alguna Plaza de toros y algun Circo de volatines ó de gallos constituyen toda la cosecha de obras, que no sin razon abandonan los Arquitectos ilustrados á los constructores empíricos. *Prius mori quam foedari*, ha dicho muy oportunamente el que pronto vamos á condecorar con la medalla académica: más vale dejar en la inaccion nuestra querida y noble Profesion que prostituirla.

Pero apartemos la mente de tan triste cuadro, y concluyamos ya esta sesion, en que tanto he abusado de vuestra bondad, halagando risueñas esperanzas de tiempos más bonancibles para las Artes. *Post nubila Phoebus.*

No acierto á despedirme de vosotros: como dijo pocos años há y muy elocuentemente un docto Catedrático y Académico en un solemne acto universitario, cuando se habla con amigos tan queridos, no hay frase que quiera ser la última: yo no encuentro la mía, y por eso volveré al principio de mi desaliñado discurso, y os dirigiré un humilde y cariñoso ruego: no olvideis que esto no ha sido más que una expansion de un ánimo afligido; tened presente que ni los discursos que versan sobre estos áridos asuntos pueden ser amenos, ni mis pobres dotes oratorias son capaces de embellecerlos, ni es posible que un triste recree con su palabra á los que le escuchan. Si por ventura mía, me habeis oido sin disgusto, y la penosa inflexion de mi voz ha llegado á vuestro corazon sin molestia, no leais, os pido, este discurso: visto despacio, no podria resistir vuestro exámen.

HE DICHO.

